

ACADEMIAS SERIAS Y ACADEMIAS JOCOSAS EN EL SIGLO DE ORO SEVILLANO

Por VICENTE LLEÓ CAÑAL

Debería empezar estas palabras por hacer una precisión: el término “academia”, que emplearemos aquí para referirnos a las asociaciones formadas en las distintas etapas de la llamada escuela poética sevillana en el Siglo de Oro, será usado en un sentido amplio, sin pretender hacer una equiparación con las academias italianas de la misma época, con sus estatutos y rituales, sino refiriéndonos más bien a tertulias literarias, reuniones informales de amigos con intereses literarios comunes, lo que no obsta para que los ejemplos italianos fuesen una aspiración común a todos ellos.

Desde principios del siglo XX, hasta nuestros días, el significado de los términos “academia” o “académico” se ha degradado inexorablemente, sobre todo desde la irrupción de las llamadas genéricamente “vanguardias”, adquiriendo unas connotaciones claramente peyorativas, como referidas a algo trivial, superficial; es corriente escuchar en debates o polémicas como se descalifica algún argumento calificándolo como “meramente académico”, es decir, sin substancia, puro formulismo. No debe sorprendernos pues, en realidad, los movimientos de “vanguardia” se consolidaron precisamente a través de su lucha *contra* las Academias, considerando que sus reglas y normas constituían un

corsé demasiado rígido para su libertad creativa y jugando con la idea de revolución aplicada no solo a la esfera política sino también a lo que conocemos por humanidades.

Aquí tenemos que detenernos nuevamente y hacer una digresión sobre el significado del término “humanidades” que históricamente viene asociado al de academias; en el mundo clásico existía una clara distinción entre los hombres “humanos” y los hombres “barbaros”; los primeros eran aquellos que habían sido capaces de purificar su naturaleza y sus pasiones naturales, de acuerdo con los nobles ideales de la cultura griega integrados en la *paideia*, o sistema formativo: moderación, autocontrol, cultivo del espíritu, en fin, formaban el conjunto de valores englobado en la *sofrosine* que venía a significar el dominio del espíritu sobre el cuerpo; por el contrario, los pueblos ajenos a esta cultura eran conocidos como *barbaroi*, seres que, sin duda, pertenecían al género *homo*, pero que estaban muy lejos de la *humanitas* clásica, seres que actuaban solo guiados por sus instintos más primarios y groseros.

Pocas anécdotas resultan más reveladoras sobre este sentido de la *humanitas* que la atribuida al filósofo Emmanuel Kant; este, en un momento en que se encontraba ya cerca de la muerte, postrado en el lecho, recibió la visita de su médico; el filósofo intentó vanamente levantarse, como había hecho siempre, para saludarlo y el médico trató de impedirselo dado su estado; entonces Kant le dijo una frase conmovedora: “lo que de humano hay en mí, todavía no ha muerto”, o lo que podríamos traducir de otra manera, ‘mi cuerpo puede estar muriéndose pero mi voluntad y mi autocontrol aún permanecen’.

Estos valores plenamente humanos perdieron parcialmente su vigencia durante los siglos del Medioevo, pero iniciaron su recuperación durante el Renacimiento, ese proceso de redescubrimiento del mundo clásico en las letras, las artes y el pensamiento que marcó el final de la Edad Media. En Florencia, en la villa medicea de Careggi, a mediados del siglo XV, Lorenzo “el Magnífico” impulsó una Academia dedicada al estudio de Platón -casi olvidado durante el Medioevo pero cuyos textos fueron aportados por griegos, refugiados de Constantinopla como Gemistos Pletón o el Cardenal Bessarion. Esta academia estuvo

integrada por poetas y pensadores como Marsilio Ficino, Angelo Poliziano, Cristoforo Landino o Pico della Mirandola; todos ellos buscaban resucitar la legendaria Academia surgida sobre terrenos que habían pertenecido al mítico héroe ateniense Academos y en la que el propio Platón habría ejercido su magisterio y, naturalmente, recuperar el *corpus platonicum*, distinguiéndolo de las obras de los neoplatónicos alejandrinos: Plotino, Porfirio, Iamblico, etc.

Floencia -Italia- dio pues la pauta a este movimiento humanista de recuperación del legado de la Antigüedad y sus valores, que se extendería a todas a las ciudades de Italia y, más tarde, a las principales del resto de Europa. En España, el movimiento humanista encontró una cálida bienvenida, impulsada por los propios Reyes Católicos, que acogieron a distinguidos representantes italianos como Lucio Marineo Sículo, Pedro Mártir de Angleria o los hermanos Geraldini, los cuales trabajaron como preceptores para los hijos de las más distinguidas familias nobiliarias sentando así un modelo de comportamiento para la joven aristocracia.

Por lo que respecta a Sevilla debemos confesar que la consolidación de la institución académica resulta más difícil de precisar; desde luego, a fines del medioevo hubo ya poetas, incluso italianos, que residieron en la ciudad, como el genovés Micer Francisco Imperial (¿1350–1409?) fiel seguidor de las corrientes petrarquistas, pero su medio vital se mantuvo sobre todo en ámbitos cortesanos. Realmente, para encontrar en la Sevilla del primer Renacimiento algo lejanamente asimilable a los modelos italianos hay que esperar a la actividad de Juan de Mal Lara (1524-1571) un excepcional humanista que, no sólo dejó tras de sí una importante obra –filosófica, poética, mitográfica, narrativa– sino que organizó un estudio de gramática que devino en una auténtica Academia, de la que estamos hoy mejor informados gracias a la impresionante labor investigadora de nuestro compañero universitario Francisco Javier Escobar Borrego, que, entre otras muchas cosas nos ha obsequiado con la edición de dos larguísimos poemas alegóricos –la *Psyché* y el *Hércules animoso*– nunca publicados hasta ahora.

Juan de Mal Lara fue hijo de un pintor, que debió ser modesto pues solo conocemos de él su nombre, Diego, pero con

ayudas externas consiguió obtener una rigurosa formación humanista que le llevaría del colegio de San Miguel en Sevilla a la Universidad de Salamanca, donde tuvo ilustres profesores, como Hernán Núñez, el llamado ‘Comendador Griego’, o Francisco Sánchez de las Brozas, más conocido como “el Brocense”, entre otros, y a Barcelona, donde escuchó las lecciones del humanista Francisco de Escobar.

A Sevilla, Mal Lara volvió en 1548 para establecer un centro de enseñanza, dedicado a los *studia humanitatis*, centrado desde luego en los autores clásicos a los que se traducían y comentaba. Este *studium*, que debió ser cosa reducida originalmente –se ubicaba según algunos en la propia casa del humanista– tuvo un éxito sorprendente y consiguió aglutinar a un grupo de poetas e intelectuales de lo más granado en la ciudad: Fernando de Herrera, Jerónimo de Carranza, Juan Sáenz de Zumeta, el canónigo Francisco Pacheco, Baltasar del Alcázar, Francisco de Medina, Diego Girón, Juan de la Cueva y otros; pero nos interesa subrayar aquí cómo en este modesto *studium* se forjó un sistema de trabajo colectivo que caracteriza a casi toda la producción de ese ámbito: así, las obras de este círculo ya fuesen en poesía o en prosa eran leídas en común, aportando los participantes las observaciones que creían pertinentes. Este sistema de trabajo, al que alude frecuentemente el propio Mal Lara en sus obras, sentaría un modelo que sería adoptado más tarde por el pintor Francisco Pacheco (1564-1644) en su propia academia y del que nos dejó buena muestra en su *Tratado de erudición de varios autores*, compilación manuscrita en dos gruesos volúmenes de “pareceres” y opiniones sobre los más diversos temas, obviamente motivo de discusión dentro del grupo, conservado hoy en la Biblioteca Nacional.

Entre los contertulios de Mal Lara se encontraba además de los citados, don Álvaro Colón y Portugal, (2º) conde de Gelves, quien poseía una finca en el pueblo cuyo título ostentaba, la hacienda llamada Merlina, donde se solían acoger los académicos en los días calurosos del verano. El conde de Gelves jugó un papel importante en este grupo, pues les proporcionó un lugar “deleitoso” para sus *otia* literarios, que Mal Lara llegaría a asociar con la Academia formada por el napolitano Jacopo Sannaza-

ro, en la villa de Mergelina, regalo de Federico II al poeta italiano, donde este escribiría entre otras obras la *Arcadia* (1504) que supuso la creación de la novela pastoril moderna; la Academia napolitana, además, proporcionó a los contertulios sevillanos un modelo en el que, en ese ambiente pastoril, disfrazaban sus nombres reales por otros resonantes de fuentes clásicas y asimilaban sus cuitas a las de los amantes de la Antigüedad.

Pero, no todo fueron ensoñaciones pastoriles en la Academia de Mal Lara; Escobar ha argüido convincentemente sobre una cierta voluntad de intervención en la *res publica* por parte del grupo, que podemos detectar en obras del sevillano como la *Descripción de la Galera Real de Don Juan de Austria* o, sobre todo, en el *Hércules Animoso*. En efecto, si la primera obra es un “espejo de príncipes” dedicado al héroe de Lepanto, Don Juan de Austria, el *Hércules*, compuesto entre 1549 y 1565 y dedicado al príncipe Don Carlos, constituye un sutil alegato en el que el Emperador Carlos es emparejado con el héroe tebano y, a su vez propuesto como modelo, de heroicas virtudes a su nieto y homónimo; lo más notable, como ha señalado Escobar, es que Felipe II queda extrañamente desdibujado en estas muestras de literatura exhortativa; Escobar ha argüido en este contexto la existencia en el grupo de una cierta corriente favorable al Infante. El conde de Gelves había sido ayo de Don Carlos, por lo tanto, sus pretensiones de influir en el príncipe no eran enteramente descabelladas, pero, en cualquier caso, la desastrada muerte del heredero en 1568 vino a poner un fin a semejantes ambiciones.

El sucesor natural de Mal Lara debió ser el extraordinario poeta Francisco de Medina (1544-1615) admirado por todos los miembros de la Academia, pero posiblemente su naturaleza retraída le llevó a preferir otras ocupaciones menos exigentes, como tutor del (2º) marqués de Tarifa a cuya casa seguiría vinculado aún después de la temprana muerte de su pupilo. Los intereses académicos de Mal Lara fueron continuados, en cierta manera, por Francisco Pacheco (1564-1644), sobrino homónimo del canónigo de la Catedral que había sido asiduo participante en la institución de aquel.

Pero, en el tiempo transcurrido desde la creación de la Academia de Mal Lara a la del pintor Francisco Pacheco el cli-

ma político y social había cambiado profundamente en España; cualquier atisbo de pretender influir en la cosa pública, de incidir en la realidad efectiva quedaba lejos; desempeñados casi siempre por los llamados *arbitristas* que proponían soluciones extravagantes y generalmente impracticables para los más diversos problemas, ya fueran económicos, sociales o de cualquier otra índole.

Tenemos numerosos documentos que nos ayudan a reconstruir esa “cárcel dorada” como definió el tratadista Antonio Palomino la Academia de Pacheco en la que, entre otros, se formaría un jovencísimo Velázquez, más tarde su yerno: desde luego tenemos el *Arte de la Pintura*, publicado póstumamente en 1649, así llamado por abreviar, el también conocido abreviadamente como *Libro de los Retratos*, compuesto entre 1599 y 1637 o, en fin, textos más breves como el *Coloquio entre un Congregado y un Tomista tratando de la Concepción Inmaculada*, de 1620, un curioso folleto que ha suscitado escasa atención pero que revela la afinidad del pintor con la secta de los congregados, acusada de herética por la Inquisición y a la que estaban vinculados numerosos artistas sevillanos. Y tenemos también, ya los hemos mencionado, los dos volúmenes de los *Tratados de Erudición de Varios Autores*, de hacia 1631, recopilados en el entorno de Pacheco. Todos estos escritos están llenos de valiosa información sobre el grupo académico reunido en torno a Pacheco, muchos de los cuales, incidentalmente, terminarían instalados en Madrid e integrados en el ámbito del Conde Duque de Olivares.

Pero, al contrario de lo que acaecía con Mal Lara, Pacheco y sus contertulios, según se desprende de sus obras, parecen haberse ocupado casi exclusivamente de temas iconográficos de exquisita erudición, como la correcta representación del Juicio Final, el *titulus* de la Cruz en que murió Jesucristo o si el Cristo crucificado lo fue con tres o cuatro clavos, debates en el que se verían implicados, entre otros, además del mismo Pacheco, el Duque de Alcalá y Francisco de Rioja, además de una pléyade de clérigos a los que se había solicitado sus pareceres.

Parece poderse detectar cierta voluntad de ocultamiento en esta actitud que vuelve su espalda a la realidad circundante; ninguna implicación en la cosa pública, una tendencia a no imprimir,

sino a hacer circular sus obras de forma manuscrita, como el propio licenciado y también académico Juan de Robles (1575-1649) ya observaría en su obra *El Culto Sevillano* (1631): una misma voluntad, en suma, expresada de diversas maneras, de apartarse “a vida quieta” que, pese a tratarse de un *topos* literario, parece encontrar ahora raíces más profundas, estos son síntomas que aparecen en algunos de los componentes del círculo de Pacheco.

Pero estaríamos equivocados si redujéramos el panorama literario de la Sevilla del Siglo de Oro a estos conventículos formados por hombres de gran erudición y amor por las letras, entregados a sus pacíficos estudios. España atraviesa entonces, a mediados del siglo XVII una profunda crisis que se ha definido como ideológica, económica y administrativa, con momentos tan significativos como la rebelión de Portugal y Cataluña en 1640, la de Masaniello en Nápoles en 1647 o la gran epidemia de 1649 en Sevilla, que se calcula que acabó con la mitad de la población. Esta crisis que como vemos era de gran calado se va a reflejar también en la misma sociedad, en la que se agudizarán las contradicciones y los contrastes, entre los distintos estratos sociales.

Así veremos emerger una doble Sevilla, pues: la de las clases adineradas, enriquecidas por el tráfico indiano y las herencias familiares, por un lado, y un mayoritario *lumpen* ocupado casi exclusivamente en la búsqueda del sustento cotidiano, por medio de recursos, a menudo, de dudosa legalidad; este último es el mundo de la picaresca que irrumpe por estas fechas en el panorama literario no solo español sino europeo, con un éxito arrollador en todos los ámbitos.

Pero estos contrastes sociales no implicaba necesariamente una separación rigurosa entre ambos sectores; por el contrario, como sucederá en el siglo XVIII, con el gusto por la *majeza* y ya en el siglo XIX con las modas inspiradas en sus manifestaciones más folklóricas, en el siglo XVII se produce una cierta atracción e interacción entre las capas superiores y el mundo de la germanía; aún más, se hace perceptible un cierto cinismo y menosprecio de los valores tradicionales, tanto religiosos como sociales, el honor, cuya mejor plasmación la constituye el mito de don Juan, el famoso burlador de Sevilla: una auténtica inversión de valores donde los mayores méritos se atribuyen no a los más virtuosos

sino a los que son capaces de cometer los más desaforados delitos y salir impunes.

¿Qué tienen que ver las Academias con cuanto venimos diciendo? Tiene que ver, a mi juicio, porque, de la misma manera que la poesía contemporánea había alcanzado para estas fechas de la segunda mitad del siglo XVII sus más altas expresiones con autores como Fernando de Herrera o Francisco de Medrano, había surgido en paralelo una auténtica plaga de malos poetas, verdaderamente insufribles, contra los que descargaría toda su furia el licenciado Francisco Pacheco en su famosa “Sátira contra los malos poetas”. La indignación de este no era baladí, pues aquí era aplicable también el aforismo de la ciencia económica de que “la mala moneda expulsa a la buena”, de modo que en el ruido ambiente, los más refinados poetas apenas podían hacer oír sus voces.

Naturalmente, de los malos poetas sabemos poco, quitando las feroces (y divertidísimas) invectivas del racionero Francisco Porras de la Cámara; pero la casualidad ha querido que se conservase en un código misceláneo de la Biblioteca Capitular y Colombina, la descripción de un acto que podríamos denominar de “académico”, protagonizado por la flor y nata de esta que Pacheco llamaba “musaica pestilencia”, en un implacable juego de palabras.

La carta ha sido atribuida a diversos autores, entre otros a don Diego de Astudillo Carrillo y a Juan Ruiz de Alarcón; el texto describe una excursión a San Juan de Alfarache de poetas aficionados y mujeres de mala vida que constituye una parodia burlesca de las andanzas “arcádicas” llevadas a cabo por las academias serias.

En efecto, el acto consistió en una jornada festiva celebrada en la villa de San Juan el 4 de julio de 1606 en honor de San Laureano, cuyo día se celebraba. En principio se trataba de un certamen poético y de un “torneo” burlesco, protagonizado por caballeros de rimbombantes nombres, que satirizaban los ya de por sí extravagantes de las novelas de caballería; la relación identifica a algunos; así, por ejemplo, don Juan de Ulloa fue Rocandulfo de la insula Firme; don Diego Arias de la Hoz Don Golondronio Gatatumbo de Atabaliva y don Juan de Ochoa Me-

trilino Arrianzo de Dacia. Hay que señalar que el paso a la otra orilla del Guadalquivir hasta la población de San Juan se hizo en barcas entoldadas, en las que ya se iba consumiendo el vino, con lo que los invitados llegaron predispuestos a la villa. Con la llegada a la casa, en la presentación de los papeles (todo ello con unas ceremonias grotescas) y la preparación de la comida se fue la mayor parte del día.

El “torneo”, propiamente dicho, se realizó por la tarde, con desafíos y requisitorias, las cuales, sin embargo, desmerecían, no sólo por sus ridículas proclamas, sino por estar las armas caballerescas hechas de cartón y papeles de colores. Hay que señalar también que las “damas” que acompañaron el festejo y a las que ocasionalmente se hacen referencia fueron con toda seguridad prostitutas, pues los versos que se dijeron eran de un tono francamente licencioso sin que parecieran molestarles en lo más mínimo.

Hay dos aspectos que conviene resaltar aquí: en primer lugar que la jornada de 1606 no debió ser un caso aislado pues en alguna ocasión, en el propio texto, se mencionan excursiones semejantes realizadas con anterioridad; por otro lado, llama la atención la propia estructura de la fiesta, que es en sí una parodia perfecta –un espejo deformante– de los concursos y justas poéticas “serias” tan populares en la Sevilla de la época, como demuestran los estudios de Godoy Gómez; hasta el gremio de gorreros y sederos realizó en 1617 una justa poética, para celebrar el Breve inmaculista de Paolo V. También resulta destacable el lenguaje, bastante desvergonzado, empleado en todo momento en la fiesta de San Juan, quizás solo explicable por celebrarse, como veremos, en una casa particular, posiblemente en el campo y, por tanto, lejos de cualquier intromisión.

Por su propia naturaleza, la actividad de estas llamémosle “academias” jocosas ha dejado muy poca huella; muchos no se atreverían a pedir licencia para imprimir sus textos; otros temerían ver sus obras censuradas por las autoridades. Pero, en cualquier caso, nos engañaríamos, como ha demostrado brillantemente Fernando Bouza, si pensáramos que esa circunstancia les restara circulación o popularidad a estos escritos; en efecto, en paralelo con la escritura impresa, el Siglo de Oro conoció un

extraordinario desarrollo de los textos manuscritos que hacían posible una difusión hasta cierto punto libres de condicionantes.

Pero ¿quiénes fueron los participantes en esta jocosa Academia de San Juan de Alfarache? El texto nos da ciertos nombres, en su mayoría desconocidos o de dudosa identificación, lo que sugiere que, en su mayoría, debieron ser simples aficionados a la poesía; pero algunos de ellos son bien conocidos, como sucede con don Diego Ximenez de Enciso, don Francisco de Calatayud o don Nufro de Colindres, este último, según parece, hijo de Diego de Colindres, que era el dueño de la finca donde se celebró el certamen, actuando Nufro como anfitrión. En cuanto a los nombres elegidos para justar no se les puede negar cierta sonoridad: así don Diego Arias de la Hoz eligió el resonante de Golondronio Gatatumbo de Atabaliva; el novohispano Juan Ruiz de Alarcón justó bajo el nombre de don Floripando Talludo, príncipe de Chunga; don Juan de Ochoa, por su parte, optó por el de Mترلino Arrianzo de Dacia. De otros participantes solo sabemos lo que refieren de ellos mismos; así, un tal licenciado Gayoso quien afirma que “es de tres años a esta parte devoto de una monja y quien ha tenido paciencia para llevar esto es cierto que la tendrá para sufrir los golpes de un mantenedor diestro y la sentencia de un juez ignorante”; justó bajo el nombre de Pandolfo Rutillón de Trastamara.

En cualquier caso, se trataba, con excepciones, de un grupo de personajes más cercanos sin duda al mundo de la picaresca que a las elevadas cumbres de la poesía “seria”; si las relaciones manuscritas se hubieran conservado en mayor número sin duda hoy tendríamos una visión de nuestra literatura del Siglo de Oro distinta de la actual, más rica y diversa todavía de la que conocemos.

Me gustaría terminar estas líneas refiriéndome a una cuestión que, aunque solo toca remotamente el asunto que aquí estamos tratando, creo que puede resultar esclarecedora: ¿pudo el futuro Conde-duque de Olivares (1587-1645) participar de alguna manera en este tipo de “academias jocosas” durante los años que pasó en Sevilla?

La verdad es que casi nada se sabe de los años –años “dionisíacos” según Marañón– que pasó Olivares en Sevilla, des-

de 1607 a 1615, excepto que llegó a la ciudad un año después del torneo burlesco de San Juan, pero como ya hemos señalado fiestas jocosas se produjeron antes y después de esta fecha y, de hecho, algunos de los que después serían más fieles amigos y colaboradores del valido aparecen reseñados en el texto; nos referimos a figuras como Ximénez de Enciso, Ruiz de Alarcón, Francisco de Calatayud o Nufro de Colindres. Todos ellos fueron ampliamente recompensados por Olivares cuando hubo llegado al poder.

En realidad, las escasas referencias conservadas parecen indicar que Olivares organizó en los jardines del Alcázar un “Parnaso” propio dedicado a los placeres amorosos y a la poesía, eso sí, todo ello rodeado de un halo clasicista; no olvidemos que bajo su alcaidía se construyó el laberinto rematado en su centro por un Monte Parnaso. Olivares, por otro lado, era aficionado a la poesía amatoria y escribió varios poemas de ese tema; tuvo, al menos, dos amantes: conocidas dentro del ámbito parnasiano como Cloris y Filis y él mismo usaba el de Manlio. Desgraciadamente su gran amigo, el Conde de la Roca, una vez que Olivares alcanzó el poder le convenció para que la destruyese toda y, de hecho, sólo se ha conservado una. Si Olivares y sus amigos no hubieran tenido tanto cuidado en borrar las huellas de esos años “dionisiacos” del valido, podríamos quizás hablar todavía de otra “academia” entre los vetustos muros del Alcázar.